

062. Con flores a porfía

Cuando llega el mes de la Virgen, ya se sabe cuál es nuestro cantar: *¡Venid y vamos todos con flores a porfía, con flores a María!*... Es la expresión jubilosa de nuestro culto a la Santísima Virgen. ¡La queremos tanto!...

Ese culto nuestro a María no puede tener más origen que el Espíritu Santo, conductor de la Iglesia. El Espíritu Santo fue quien puso en los labios de la muchachita nazarena: *Me llamarán dichosa todas las generaciones.* ¡Y hay que ver cómo se ha cumplido la profecía a lo largo de veinte siglos!...

El hecho es evidente. Y si la Iglesia se hubiera equivocado, habríamos de decir que quien ha fallado es el Espíritu Santo, por haber llevado a la Iglesia por un camino equivocado... Desde el momento que no podemos decir semejante barbaridad, hemos de afirmar que el culto que tributamos a María es totalmente legítimo y querido en absoluto por Dios.

¿Mermamos o disminuimos por eso en algo el culto que debemos a Dios y a Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre? ¡Oh, no, en modo alguno! Nunca el culto que tributamos a María podrá ser ni será como el que damos a Dios. A Dios se le debe todo honor y toda gloria, con culto de verdadera *adoración*. A María no la adoraremos jamás.

Pero tampoco será el culto a María como el culto a los Santos. El culto a María *es del todo singular*, nos ha dicho el Concilio. Las excelencias que Dios otorgó a su Madre exceden inmensamente a los dones y gracias de todos los Angeles y hombres juntos, y no puede darse dignidad alguna superior a la de la Madre de Dios.

Además, el culto que damos a María y a los Santos termina siempre en mayor gloria de Dios, ¡que se ha manifestado grande en la Virgen y en los Santos!...

Si preguntamos ahora por qué María nos arrebató y enamora tanto, sabemos respondernos a nosotros mismos con toda facilidad.

Miramos a María como la *Madre de Dios*. ¿Y alguna criatura más grande y más excelsa?...

Sentimos a María como *Madre nuestra*. ¿Y no vamos a amar a la Madre que Jesucristo nos dio?...

Creemos en María como *Dispensadora de las gracias* de Dios. ¿Y no nos va a interesar hacernos ricos de veras?... ¿No vamos a aprovechar la oportunidad que Dios nos da?...

Contemplamos a María como *Reina* encumbrada sobre todos los Angeles y Santos, que se rinden gozosos ante su Soberana. ¿Y no nos vamos a enorgullecer de gloria semejante en nuestra Madre?...

Al aparecer María ante nuestros ojos como la *Inmaculada*, la *Virgen*, la *Asunta*, tan bella, la toda hermosa, ¿no va a arrastrarnos de modo irresistible?...

Decirnos que no rindamos culto a María sería como exigirnos que fuéramos contra nuestro propio corazón...

El culto de María se ha comparado felizmente con ese árbol plantado junto a la corriente de las aguas de que habla el salmo primero. Da siempre frutos y su hoja no cae nunca, porque es perenne. La fuente del agua viva es Jesucristo, y no hay árbol que

pueda dar tanto fruto de vida eterna como María, unida tan íntimamente a Jesucristo, de cuyo culto brota también el culto de María.

Efectivamente, si quitamos a Jesús del lado de María, María no es nada, desaparece del todo. Pero si ponemos a María junto a Jesucristo, metida en su misterio salvador, entonces toda alabanza y todo culto que tributamos a María va a parar necesariamente a Jesucristo y por Jesucristo al Padre.

El mismo Concilio reconoce que el culto que damos a María nos lleva a conocer, a amar, a glorificar, a obedecer y a imitar mejor a Jesucristo. ¿Queremos una prueba de ello? Vamos a Lourdes, Fátima, Guadalupe o a cualquier otro santuario de María. Entramos, y vemos todos los que se inclinan ante la imagen de María, paran después en el confesonario y, sobre todo, en el comulgatorio. María nos lleva a Cristo, mientras que Ella, la Sierva del Señor, no se queda sino con la humilde acción de gracias.

El amor y el culto de María abre el corazón a todas las esperanzas. Valga por todas las pruebas el caso de Rusia. La Virgen dijo a los niños de Fátima que caería el comunismo —ateo militante— y que Rusia se convertiría. La mano de María está metida de lleno en la caída del Muro de Berlín, no lo dudemos. Por más que persiguiera a la religión, el partido comunista no pudo con la fe del pueblo ruso, en especial contra su devoción a María. Un caso entre tantos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, un soldado italiano de alta graduación sorprende a una viejecita en su casa rezando ante el armario de su habitación. La pobre mujer, temiendo por su vida al ser descubierta, cierra con rapidez la puerta, pero el soldado la invita: *Siga, siga. ¿Qué hacía usted? ¿No puede abrir de nuevo el armario? ¿Qué secreto encierra ahí?...* Lo abre, y aparece un icono de la Virgen precioso entre dos lucecitas.

El soldado, lejos de su católica Italia, se emociona: *¡La Virgen! ¡Qué hermosa es! Y la otra, entusiasmada: ¿Tú también quieres a la Madre? Ambos se arrodillan, y el militar, entonces: ¿No me la podría dar para llevarla a Italia, y rezar allí delante de ella por la salvación de Rusia? Al oír la palabra Italia, la viejecita se emociona más aún: ¿Italia? ¿Para llevarla al Papa? ¡Llévesela!...* El icono fue a parar en Roma, y en una de sus iglesias era venerado con el nombre de *La Virgen de Rusia*.

La Virgen venció al comunismo. Y vencerá a todos los enemigos de Jesús. ¡Dichosos los que siempre honran a María con culto de hijos amantes! María se encarga de responder por su salvación...